

José Ortega y Gasset - Konstantinos Tsatsos

Dos versiones de la Idea de Europa

Stelios Karagiannis

Afinidades circunstanciales entre José Ortega y Gasset y el filósofo y político griego Konstantinos Tsatsos dan paso a otras doctrinales relevantes para la idea de Europa: papel de las masas y las minorías, unidad supranacional con diversa valoración de la idea de Estado nacional, trasfondo cultural común.

1. Punto de partida común y destinos políticos

Para hablar de Europa, escribía hace 15 años¹ Konstantinos Tsatsos, debemos concebir primero Europa como conjunto, como unidad. De modo paradójico la «idea» de la unidad de Europa precede a la de su, diríamos «platónicamente», realización, ya que en principio existe no sólo en la mente de muchos intelectuales, filósofos y políticos europeos del s. XX, sino también muchísimo antes como visión.

Igualmente de modo paradójico, esta idea ocupó el pensamiento teórico, filosófico y político, así como también la acción, de dos filósofos como Ortega y Konstantinos Tsatsos, cuyo parentesco intelectual y ciertos elementos comunes de sus vidas nos obligan a examinar conjuntamente sus opiniones, ya que, pensamos que tal examen nos conduciría a conclusiones muy provechosas respecto al determinante significado de sus aportaciones.

A pesar del espacio de tiempo que separa la trayectoria filosófica y política de los dos hombres, algunas «coincidencias» son característicamente comunes.

¹ Konstantinos TSATSOS «Democracia y Europa», pág. 41, en *Αστρολάβος/Ευθύνη*, 1982.

Tanto Ortega como Tsatsos han estudiado filosofía en Alemania y, con una pequeña desviación del primero, son partidarios del pensamiento filosófico postkantiano. Ortega, por un lado, se «inclinará» hacia la corriente de la filosofía de la vida² de Dilthey y Nietzsche, así como hacia un existencialismo paralelo al de Heidegger y Scheler (sin el pesimismo respecto a los azares científico-técnicos de Occidente del primero), desembocando en la fundación de una corriente filosófica propia, que en el pensamiento contemporáneo mundial se caracteriza en la actualidad como raciovitalismo (y que es una unión de elementos vitalistas, existencialistas, fenomenológicos e historicistas con la idea de la vida como idea-fundamento).

Por su parte, Tsatsos trazará su trayectoria filosófica fiel a la dirección de la corriente del neokantismo³ de Rickert, Windelband, Cohen, etc., que tiene la cultura como idea primera, fundamental, pero que, durante su trayectoria, se mostrará defensor de la corriente filosófica axiológica y existencialista de Scheler, Buber, Heidegger, Chestov, Berdjajev, etc., con ídolo latréutico en nuestro antepasado Platón, quien con su grandiosa contribución –según Tsatsos– por su teoría de las ideas y de los valores es considerado como el padre de nuestra civilización europea contemporánea.

Pero también por lo que se refiere a su trayectoria y a su actividad política existen ciertas similitudes características que muestran también ciertos parecidos de los destinos políticos de los dos pueblos mediterráneos, España y Grecia.

En 1936, en ambos países se instauran regímenes fascistas y dictatoriales. La dictadura de Metaxás en Grecia sellará el fracaso del venizelismo y de los otros partidos del bando demócrata en salvaguardar el, para aquella época, inestable régimen democrático de nuestro país.

En España, paralelamente, la victoria del régimen franquista significará para el siglo XX español la derrota definitiva del movimiento de izquierdas, así como el fracaso de republicanos y liberales en imponer una solución democrática y progresar en la modernización de la vida política española.

La actividad política tanto de Ortega como de Tsatsos, relacionada con los dos grandes acontecimientos políticos, presentará prácti-

² La *Lebensphilosophie* (filosofía de la vida) se considera como la predecesora del existencialismo, de la fenomenología y de la corriente de la hermenéutica (*Hermeneutik*).

³ Ver sobre éste, p.ej. los textos de I. Zeodorakópulos y de K. Logozetis (Analecta).

camente las mismas fluctuaciones y una evolución parecida. Un poco antes de la victoria del régimen franquista, Ortega, percibiendo el peligro, como hombre políticamente responsable y republicano liberal, fundará, con Ramón Pérez de Ayala y con Gregorio Marañón, la Agrupación al Servicio de la República, mientras que es elegido diputado en las Cortes de 1931. Al mismo tiempo comienza una lucha teórica, con textos a favor de la restauración de la democracia⁴ que ha sido herida por la dictadura del general Primo de Rivera (1923). Todo tendrá el conocido resultado y Ortega abandonará España emprendiendo camino hacia Argentina a través de Europa. Paralelamente, Konstantinos Tsatsos se mezclará en política, al tiempo que ya era catedrático de universidad de Filosofía del Derecho, cuando, junto con Panayotis Kanelópulos, ejercerá la crítica⁵ participando, en 1935, en la lucha periodística a favor de la República, que era una lucha en contra del referéndum sobre el restablecimiento de Georgios. Junto con Kanelópulos será deportado por Metaxás (es decir, en el mismo período en el que Ortega se autoexilió marchándose de España).

Este punto de partida común neokantiano, pero también estas «similitudes» externas son, pues, suficientes como para preavisar al estudioso acerca del examen conjunto de sus opiniones sobre el tema de Europa.

2. La idea de Europa según Ortega

Si mal no recuerdo, fue Albert Camus quien dijo sobre Ortega que, después de Nietzsche, era quizá el mayor escritor europeo. El énfasis de Camus está completamente justificado. Las teorías de Ortega sobre la rebelión de las masas –como el primer acontecimiento de importancia de la vida y de la historia europea contemporáneas– teorías que, según mi opinión, fecundaron decisivamente el «Hombre insurrecto» del filósofo y escritor francés, así como el eje común de su pensamiento existencialista, fueron las causas de la admiración del francés por su colega español. No obstante, lo que

⁴ Ver: José ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*, tomo X (Textos políticos), Alianza Editorial, Madrid.

⁵ Ver declaración al respecto en “La entrevista secreta”, en *Αστρολάβος/Ευθύνη*, nº 100, 1997, donde Tsatsos confiesa al escritor K. Tsirópulos, entre otras cosas, posturas suyas que, justificadamente, quería que permaneciesen en la sombra hasta el final de su vida.

Camus quería remarcar con énfasis al concentrar su atención en Ortega, era, pienso, su temperamento clarividente, que le hacía ver Europa y la cultura europea como algo unitario y la inquietud espiritual también con la que el profético español veía la historia y la perspectiva europea como un destino unitario.

Hemos dicho que la raíz y el punto de partida neokantiano de Ortega-Tsatsos son la cultura y los valores espirituales. En las lindes de la razón práctica kantiana y fichteana, por no decir en las antípodas (ya que el punto de partida es neokantiano), «la razón vital» de Ortega y la razón griega neokantiana, axiológica y existencial de Tsatsos tienen como punto de partida común la cultura y los valores espirituales y éticos. Pero también algo aún más importante. Con la declarada y conocida preferencia del filósofo español por la minoría selecta, que, según la teoría de su razón vital, deberá dominar la masa de los muchos, para que no peligre la democracia por las tendencias revolucionarias explosivas de la masa, las opiniones de Tsatsos al respecto presentan una similitud extraordinaria. En la «entrevista secreta» del filósofo y político griego al escritor Kostas Tsirópulos, Tsatsos indicará, igual que su homólogo español, los peligros que aguardan a la democracia por los movimientos revolucionarios y reivindicativos de las masas⁶. Tsatsos localizará el foco del mal que engendra «la enfermedad europea de la democracia» en la anteposición de las reivindicaciones revolucionarias de la masa a los «valores de la nación», que para él son el principio griego fundamental. «La invasión vertical de los bárbaros» que había previsto Rathenau⁷ y que Ortega describía como el angustioso Leviatán revolucionario contemporáneo en *La rebelión de las masas* no es otro que la oclocracia (el poder de la muchedumbre), el *πεζοδρόμιο*, «la calle». Esto es lo que amenaza a la democracia (junto con la prensa) que siga siendo el menos malo de los regímenes existentes. Por otro lado, en cuanto a la cuestión del gobierno democrático y de quién tendrá y administrará el poder político en el régimen de la democracia, Tsatsos es claro y no se aparta en absoluto de las tesis de Ortega: según las teorías del sistema mixto –cuya procedencia originaria está en los estoicos, en Aristóteles y en Platón– «el pueblo elige periódicamente a sus gobernantes», pero, a partir de ahí, los elegidos, esta élite, es la

⁶ *Ibid.*, págs. 81,83.

⁷ Ver *La rebelión de las masas*, de José ORTEGA Y GASSET (Traducción Jr. Malevitsis, Dodoni, Atenas).

que dirige. No puede *πεζοδρόμιο*, «la calle» (la muchedumbre, según Ortega) gobernar.

No vamos a continuar más con el análisis comparado de sus opiniones liberales conexas sobre la democracia porque nos vamos a alargar. Además, la idea de Europa, con la democracia liberal como núcleo, es su gran y última orientación.

Ortega consideraba la superación de las naciones-estados de Europa como *conditio sine qua non*, y capaz simultáneamente, para la continuidad de la vida orgánica y auténtica en Europa (a través de una unidad supernacional). Las contradicciones, en primer lugar nacionales, debían de ser superadas –ya que la realidad histórica allí conducía, según él– si los europeos no querían llevar a su continente a una interminable decadencia splengleriana, «crisis» y caída.

La idea europea, según Ortega (es decir, de la unidad orgánica de la vida política, económica y cultural europea) no tenía que ver ni con las pretensiones del *Geist* alemán, que estaba basado en la superioridad de la «raza» y de la «sangre» arias, ni con la oposición entre franceses e ingleses sobre la superioridad de una o de la otra lengua y del código cultural correspondiente, ni por supuesto con las fronteras naturales. El programa común europeo de vida (económico, político, cultural) se fundamentaría en la unidad supernacional, por medio de un plan central de acción –un plan que hasta el momento ha traído a la escena a las entidades nacionales europeas como unidades–. En este punto, debemos tener conocimiento del énfasis que daba Ortega a la cuestión del desarrollo de la técnica y de la tecnología modernas –algo que tengo la intención de mostrar en mi tesis doctoral relacionada con su obra– para comprender también su compleja meditación sobre la Europa contemporánea. Según Ortega, además de la visible y probable «invasión vertical de los bárbaros» (que no la fijaba geográficamente, sino que la relacionaba con el atractivo que ejercían en aquella época los planes quinquenales soviéticos)⁸, otro peligro aguardaba a Europa: «por la barbarie del especialismo»⁹ y por el desarrollo desenfrenado de la técnica¹⁰ y de las comunicaciones, por la extensión del conocimiento y de la producción científica de bienes de consumo de masas que habían llegado al punto de la «crisis», es decir, al punto de impedir totalmente el

⁸ *Ibid.*, pág. 226.

⁹ *Ibid.*, pág. 142-160.

¹⁰ Ver *Obras Completas* y especialmente *Meditación sobre la técnica*, Revista de Occidente, Madrid, nº 21.

progreso europeo en los estrechos y competitivos marcos nacionales. Su postura era clara. Estamos en «crisis». No podemos respirar dentro de las naciones¹¹.

Las similitudes de las opiniones de Tsatsos-Ortega sobre este tema son extraordinarias y no sería ninguna exageración decir que las ideas orteguianas evidentemente debieron influir en Tsatsos, que cronológicamente era posterior y sensible conocedor, lo mismo que K. Georgulis, Kanelópulos y Lúvaris, de las opiniones que expresaba el español (opiniones que predominaban en la corriente neokantiana de Zeodorakópulos-Kanelópulos-Tsatsos durante las décadas 30-70). El punto de vista de Ortega que sostenía que la unificación, al menos históricamente, había llegado, ya que las antítesis y las guerras entre los diferentes estados europeos componían y contribuían finalmente a su destino europeo común, es también la opinión y la profunda convicción de Tsatsos, quien localiza también en estas causas la «convergencia» histórica, proponiendo naturalmente la matriz de la procedencia común, nuestra civilización griega.

Cuando Ortega sostiene que todo ciudadano europeo debe gran parte de su educación cultural a la aportación del resto de las naciones europeas –excepto la suya– en el fondo confirma la opinión de Tsatsos respecto a la contribución fundamental de nuestra civilización griega antigua a la construcción de la escena cultural de Europa. Por supuesto, Ortega hace hincapié en las aportaciones culturales nacionales parciales para la creación de una Cultura Europea y tiene *in mente* absolutamente a todos. Paralelamente, Tsatsos acentúa por un lado la contribución cultural de Roma, pero tampoco olvida destacar la base en la que ésta se fundamenta, en su progenitor griego antiguo.

Sin embargo, antes de desarrollar las opiniones de Tsatsos, vamos a resumir las del filósofo español.

«Ha llegado la hora para los europeos –escribía Ortega con palabras que iban a ser proféticas– en que Europa se convierta en una idea nacional. Y esto es mucho menos utópico pensarlo y creerlo en la actualidad, que lo que sería profetizar la unidad de España o de Francia en el siglo XI¹². Europa, según el clarividente español, podría superar sus problemas y la «crisis» que se estaban incubando en las diferentes naciones por la «rebelión de las masas» y la conquista por éstas del «pleno poder social» (una «crisis» que era deno-

¹¹ Ver *La rebelión de las masas*, pág. 139.

¹² *Ibid.* Pág. 136

minada por él mismo como «rebelión de las masas»), sólo si podía confiar en sí misma, decidiendo recomponerse en una gran nación supernacional, en un todo en el que, según la teoría de Dilthey¹³, cada una de sus partes debería servirlo y reforzarlo. El todo, la unidad orgánica de Europa, Ortega no lo veía como un «ideal» lejano –a pesar de que en su época no se había realizado nada en este sentido–, sino como una realidad, como una realidad histórica que llamaba a las puertas de los europeos para que se despertaran y captaran el mensaje de su llegada y de su significado.

Por supuesto, en el marco de la teoría orteguiana de la razón vital-histórica, la idea de nación-estado se interpretaba basándose en la teoría de Dilthey de la totalidad y de la relación de la misma con las partes que la componen. Según la perspectiva total de la filosofía de la vida, la coexistencia dialéctica y armónica de las partes determina el carácter orgánico y la coherencia del Todo, partiendo de la lógica de que las unidades que constituyen este Todo ya no pueden ser consideradas independientes ni autónomas sin la referencia a la prioridad de la Totalidad. Así, la idea de Europa como totalidad no podría entenderse sin el despojo del antiguo sentido de la idea-nación, y sin la adopción de una nueva versión de la idea nacional como marco subjetivo de la Totalidad (es decir, de la Idea europea). De esta forma, la idea tradicional de nación-estado debería modificarse hacia la dirección de un nuevo impulso –al que serviría la Idea europea– puesto que había sido realizada por un factor progresista de civilización, detenido con el tiempo.

Para Ortega, la unidad de Europa no era algo ilusorio, sino la pura realidad. Lo que era ya ilusorio para el vitalista era «la creencia de que Francia, Alemania, Italia o España son realidades sustantivas e independientes»¹⁴.

3. La idea europea según Tsatsos

Por lo que se refiere ahora al caso griego, Tsatsos insistirá en lo siguiente:

1) Fundamento de Europa son principalmente las creaciones griegas (enfoque sobre la originalidad y la fundamentación de la civiliza-

¹³ Ver sobre Dilthey: *Philosopher of the Human Studies*, de R.A. Makkreel, Princeton University Press, 1992.

¹⁴ Ver José ORTEGA Y GASSET: *History as System*, pág. 54, en *Unidad y diversidad de Europa*. W.W. Norton, New York, 1961.

ción europea, que tiene como base la cultura griega antigua).

2) La naturaleza orgánica de la unidad –que todavía comenzaba en 1982– se considera igual a la de los EEUU y a la que, en otro tiempo, tuvo el Imperio romano.

3) Unidad orgánica significa unidad, en primer lugar, política y económica, pero también cultural, siendo la última «principio y objetivo de las dos primeras».

4) Núcleos de la unión no son los individuos, sino los Estados, que por excelencia se identifican con la idea de nación, puesto que el poder de cohesión más fuerte entre las «conexiones de todo tipo» lo tiene la nación. Los Estados como «uniones de individuos que son gobernados por un poder político» son, hasta ahora, los principales sujetos en la historia general de Europa. Éstos son también los personajes de «la obra de teatro que se representa en la escena mundial».

5) La unidad nacional –en el marco de una nación– es superior en valor a cualquier otra unión.

6) La redistribución del espacio europeo basada en el principio de las nacionalidades (1918) pesa, con sus puntos positivos y negativos, y ya es prehistoria política para la hipótesis de la Unión Europea (con consecuencias que quizás se deduzcan en el futuro –la anotación es nuestra–).

7) En el marco de Europa, la idea de nación debe permanecer indisoluble, porque precisamente gracias a la variedad de las culturas nacionales y de los rasgos distintivos nacionales se acrecienta y multiplica la riqueza del conjunto.

8) Y Tsatsos considera la democracia –lo mismo que Ortega– «como la pieza política conjunta y el régimen para la Unión Europea-Totalidad», ya que sólo en el marco de una Europea concentrada y democrática «puede cada nación preservar su particularidad».

9) En la Unión Democrática Europea se presupone como principio la equidad, la igualdad de derechos de los miembros. Esta igualdad no existe, pero deberemos perseguirla e impulsarla, incluso aunque presupone «que la más importante, la más determinante desigualdad, la desigualdad biológica y mental de cada persona y de cada pueblo es indestructible» (opiniones idénticas a las de Ortega).

10) Sólo unida Europa puede jugar un papel histórico entre los dos colosos (Estados Unidos y la entonces Unión Soviética) que son capaces de desintegrarla si se rompe la alianza con Estados Unidos («en el momento actual sobrevive libre del imperialismo soviético porque la apoya Estados Unidos»).

11) Hoy, «la política de autogobierno de los pequeños y de los me-

dianos ha pasado, Europa sólo puede ser considerada como «un enorme sistema de seguridad recíproca de sus miembros». Y finalmente,

12) «La Comunidad Europea se convierte en un factor permanente de la historia de la humanidad, porque está basado en un sustrato ético, espiritual y cultural común», que es «un sistema de valores comunes» y «una concepción común sobre el hombre y sobre su misión en el mundo». Este sistema se resume en el tríptico: valores intelectuales-valores de Roma-cristianismo.

4. Conclusiones

Antes de pasar a algunas comparaciones necesarias y a las conclusiones, no olvidemos los siguientes, importantes, aspectos:

El eurocentrismo de Tsatsos defiere sensiblemente del de Ortega solamente en algunos puntos concretos. El español, aunque como primer término decisivo de su teoría considera el «individuo», el «yo», («Yo soy yo y mi circunstancia», dice) concordando con Tsatsos, a pesar de que considera al hombre europeo como el hombre por excelencia que lucha por su destino individual, no llegará más que al descontento hacia las masas y otras colectividades, hasta el extremo de caracterizarlo «no gregario». Ortega, más realista que su joven colega neokantiano griego, habiendo disfrutado en las teorías de las culturas de Toynbee, es considerado como uno de los pocos filósofos eurocentristas de su época que simultáneamente desconfiaban en cierta forma, de la futura versión policultural europea del mundo.

Si en la época de Ortega y de Tsatsos lo que se buscaba era el eurocentrismo como panacea y bote salvavidas de la teoría y la práctica filosófica y política (en contraposición, pero también en síntesis por un lado con el americanismo, y en ruptura y en algún tiempo en enfrentamiento final con el sovietismo de los planes quinquenales) en nuestros días policulturales, el «destino» de Europa ha cambiado en alguna forma y no puede ser considerado vitalmente viable excepto si parte de las dos paradojas siguientes: 1) De la continua superación de la «crisis» interna (una «crisis» que se deriva: a) de la competencia interior económica y política de sus miembros a pesar de las «reglas» del «mercado» y b) de la crisis general del modo de vida europeo –marco cultural y de valores–) y 2) De la desaparición continua de sus destructivos antagonismos en los marcos de la lógica del mercado mundial con Estados Unidos, la Rusia postcomunista y Japón. Ciertamente una desaparición a la que la historia en absolu-

to alude como «constante» de la realidad histórica. Por supuesto, la Idea de Europea no peligra en la actualidad solamente «por la invasión vertical de los bárbaros» que citaban Rathenau y Ortega, o por «la calle» que le hacía preocuparse e inquietarse, ni siquiera por la prensa.

Según nuestra opinión, el posible peligro de Europa procede de la fuerza desenfrenada con la que continuamente el señorito satisfecho europeo¹⁵ mancilla en todos los terrenos: natural, biológico, ecológico, económico, cultural, ideológico, ético y espiritual. El individualismo de este señorito es el talón de Aquiles de la idea europea y del comienzo de su futura e inminente caída, pues, partiendo de la historia existente hasta este momento, la tendencia hacia la hegemonía y el poder que describía Gramsci, que caracteriza los designios y las disposiciones de las grandes potencias europeas, es contraria a cualquier idea de igualdad y de equidad, minando los ideales europeos. Pero no nos entristezcamos. Recapitulando mentalmente tantas semejanzas en el pensamiento de Tsatsos y de Ortega, permítanos el lector ahora cerrar esta digresión comparativa con el recuadro de una opinión consoladora de Hegel —que cita el propio Tsatsos en los «Fundamentos de Europa»— que decía que «Europa es la patria de los seres lógicos», en una época, ciertamente, en la que no existían ni Franco, ni Stalin, ni Hitler.

¹⁵ Ver el capítulo correspondiente en *La rebelión de las masas*, de Ortega.